

¿CÓMO CAMBIÓ MI VIDA EN 24 HORAS?

Aquel día gris y nublado, cambió la historia...

Me presento, me llamo Arthur Smith, soy el hijo menor de una familia neoyorquina.

Vivimos en el 60 de Wall Street en un edificio de oficinas excepto en la última planta. Mis dos hermanos y yo, con mi padre, que es inversor en la bolsa de New York habitamos en esta vivienda. Nuestra casa es muy acogedora, aunque no puede ocultar la pena y soledad que se siente tras el fallecimiento de mi madre dos años atrás...

Nos remontamos al día 24 de octubre de 1929.

Ese día estaba yo en mi habitación, tumbado en mi confortable cama, leyendo un libro que me había recomendado mi profesora de literatura, "El sabueso de los Baskerville", en el cual todavía no había encontrado esa chispa que hace que te enganches a una novela, pero bueno, no quiero desviarme del tema.

Me levanté, ya que mi estómago empezó a rugir cual monstruo de los libros de Mary Shelley. Posé mis pies en el suelo y fijé mi mirada en el reloj, que ya marcaba las 11 de la mañana. Me puse unas zapatillas y encendí mi radio para escuchar un poco de música de Paul Whiteman, mi cantante favorito. Fui tambaleándome durante el pasillo al son de la música hasta llegar a la cocina, donde preparé en mi tostadora D-12 unas tostadas con un poco de mermelada de albaricoque.

Debido a los detalles que estoy mencionando, el lector ya podrá ir deduciendo que mi clase no era baja. En esos momentos, vivía de una forma muy acomodada, al contrario que la población que podía ver a mi alrededor, intentando comprar coches y lujos para parecerse a nosotros. Pero este privilegio cambiaría en breves momentos. Continúo con la historia.

Recuerdo los momentos anteriores a la tragedia como si los hubiese vivido ayer. Para ponerles en situación, mi padre ya llevaba tiempo preocupado por unos movimientos raros que estaba sufriendo la bolsa de valores. Sus amigos inversores le habían recomendado que vendiese rápido sus acciones, porque venía algo terrible. Lo presentían, y no se equivocaban, pero el muy testarudo no les hizo caso.

Escuché un grito atronador que procedía del despacho de mi padre quien estaba ya levantado desde mínimo las 8 de la mañana, dado que escuché el tecleo de su máquina de escribir mientras intentaba dormir en mi aposento horas antes.

Me dirigí hacia el cuarto donde se encontraba mi padre tan veloz como un *Bugatti Type 3*. Lo encontré dando vueltas a su escritorio, cabizbajo. En ese momento, no entendía qué pasaba. No le pregunté, puesto que presentí que no estaba de humor. Me acerqué a una máquina que se encontraba en su mesa, de la que constantemente estaba saliendo un papel en el que se podían ver los valores de las acciones. Conocía este instrumento y su funcionamiento ya que cuando estaba solo en casa jugaba a que era mi padre, lo que suelen hacer los niños que admiran a sus padres, supongo. Además de por esto, me gustaba sentarme cerca de su puerta y escuchar como hablaba mediante su teléfono con sus clientes sobre la bolsa, por esto sabía que algo iba mal. Los números eran demasiado cercanos a 0, lo que no era buena señal. Miré a mi padre, quien con ojos llorosos me devolvió la mirada y le pregunté si era un error. En micras de segundo solo tenía un deseo, que dijese que no. Al contrario de mis ilusiones, movió su cabeza de forma horizontal y me dijo:

- Hijo, ponte la chaqueta y espérame en la puerta. Tenemos que irnos rápido.

Todavía aturcido por la terrible noticia, corrí a mi habitación y cogí del perchero una chaqueta con una hilera de botones y me la puse. A continuación, fui a la puerta y la abrí, apoyándome en ella, esperé a que mi padre abandonase su despacho.

Abandonamos la casa, cerrando la puerta tras nosotros y bajamos por el ascensor desde la planta 6 hasta la 2, donde un funcionario subió con nosotros. Este no sabía lo que estaba ocurriendo tras las espesas paredes del bloque de oficinas en el que vivíamos.

Salimos juntos a la calle y vimos a centenares de personas corriendo en dirección al edificio de la bolsa. No solo había viandantes, sino que también se aproximaban numerosos coches a nuestro destino. Al girar en la esquina pude ver el hermoso edificio blanco con sus columnas características, contrastando con el miedo, rabia y pena que se sufría en su interior.

Mi padre y yo entramos por una puerta lateral, y al entrar a la sala principal, vimos lo esperado, personas llorando y corriendo encima de papeles en busca de una solución inexistente. Por un momento, quedé paralizada ante tal situación, pero mi padre tiró de mi brazo, acto que hizo que volviese a la realidad.

Nos adentramos en una sala amplia, donde mi padre habló con un señor trajeado con un reloj colgando del interior de su chaleco. Tras breves segundos de conversación con abundantes tecnicismos que no comprendí, mi padre pasó a una pequeña oficina.

Yo me quedé fuera esperando y descubrí, observando la placa de la puerta, que mi padre se encontraba con el mayor ejecutivo de la bolsa; lo que no me sorprendió ya que sabía que tenían una relación bastante cercana. Esperé unos momentos que se me hicieron eternos. Mi padre salió llorando del despacho, pero con un fajo de billetes, lo que no tenía mucho sentido, hasta que mi padre gritó:

- ¡Mira Arthur, esto es lo que nos queda de todas nuestras acciones, unos míseros 1000 dólares de los 15000 que teníamos invertidos! No sé qué vamos a hacer, lo hemos perdido todo: mi trabajo, el dinero, la casa, a tu madre...
¡Que hemos hecho mal, Dios mío! ¡Qué hemos hecho tan mal!

En ese momento, no sabía ni qué decir, ni cómo actuar.

Seguí a mi padre hacia la salida. Él no paraba de decir estas últimas palabras mientras pensaba qué íbamos a hacer a partir de ahora.

Me gustaría hacer un inciso, para que el lector comprenda la siguiente parte de la historia. Este día, llamado Jueves Negro en Estados Unidos, cayó la bolsa y se perdieron millones, cayendo la economía no solo de este país, sino la de todo el mundo. Después de esta aclaración, prosigo con la historia.

Nos dirigimos corriendo a nuestra casa y mi padre me comentó qué íbamos a hacer a partir de ahora. Su plan era el siguiente: quería que vendiésemos el coche y un par de cuadros que adornaban nuestra casa. En cuestión al resto de la familia, que durante breves momentos pareció que había desaparecido, les íbamos a decir lo que estaba pasando, dado que antes o después se darían cuenta que los lienzos que decoraban nuestras paredes habían desaparecido y que nuestro método de desplazamiento se había ido con las obras de arte.

Siguiendo sus indicaciones fuimos a una tienda que conocíamos, a dos manzanas de nuestro edificio. Entramos en el comercio y escuchamos la campanilla que delataba nuestra entrada en el mismo. El dueño salió de la trastienda y nos atendió. El bazar, era antiguo, recubierto de madera y pinturas de gran cantidad de artistas señalados de todo el mundo. No parecía estar

muy limpio, telarañas recubrían las esquinas y recovecos del establecimiento. El olor que provenía del sótano del que salió el comerciante era putrefacto, como si hubiera debajo nuestra, decenas de cuerpos pudriéndose lentamente. Nos acercamos al mostrador y entablamos conversación con el señor. Le convencimos para que nos comprase dos cuadros de Albert Bierstadt. Estábamos a punto de cerrar el trato, cuando sonó un teléfono. El tendero lo cogió y, en ese momento, su expresión facial cambió drásticamente. El milagro de que no hubiese sido consciente de la catástrofe económica cesó en breves segundos. Colgó el teléfono y sus primeras palabras dirigidas a nosotros fueron un cambio en la oferta que nos había propuesto: de 3000 dólares a 300. Mi padre pensó que había sido un error, pero no, el señor dijo que no ofrecía más, que se acababa de enterar de lo de la bolsa.

Aceptamos la oferta a regañadientes y salimos a la calle de nuevo, recibiendo la segunda mala noticia del día, unas personas estaban forzando nuestro coche al otro lado de la carretera. Seguramente habrían perdido todo y no les quedaría otra cosa con que ganarse la vida de una manera más lícita para poder sobrevivir. Mi padre gritó a los malhechores y cruzó la calle rápidamente, con la mala suerte de que un coche que iba pasando a gran velocidad por la calle le arrolló, dejándole tendido en el suelo. En otro momento las personas normales le habrían ayudado, pero este no era un momento cualquiera, se acababan de perder miles de millones de dólares y las personas eran fieras que necesitaban sacar dinero de donde fuera, por ello, se tiraron encima de él y le quitaron el sobre con el dinero, el sombrero, el reloj...

Yo intenté hacer algo, pero como en la vez pasada, me quedé paralizado. Mi padre empezó a arrastrarse a la acera y comenzó a llorar. Yo me acerqué a él y le intenté ayudar. Se reincorporó y fuimos andando a casa. Avanzamos lentamente, cuando escuchamos una explosión detrás nuestra, y una ola de calor. Todo esto procedía de la tienda de la que acabábamos de salir. Unos vándalos la habían quemado y saqueado.

Continuamos nuestro camino, sin preocuparnos demasiado, posiblemente, nuestro corazón y la parte del mismo que se encargaba de sentir la empatía se había destruido, como Texas al ser arrasado por el huracán de septiembre de 1900. Ya allí nos tumbamos en la cama y dormimos hasta el día siguiente.

Durante los siguientes días fuimos a buscar trabajo y empezamos a comer gracias a la caridad de otras personas. Mi padre trabajaba durante todo el día para poder comer unas gachas, mientras mis hermanos y yo estábamos rondando por las calles intentando recibir dinero mendigando en las esquinas.

Esta historia la cuento dos años después desde una pequeña libreta que conservo de mi antigua vida. Actualmente vivimos al día. Yo ya soy mayor de edad y trabajo en una fábrica con mi padre en las afueras de Manhattan. Seguimos sufriendo la catástrofe de ese 24 de octubre y sus días siguientes, los cuales recuerdo perfectamente, como nombré anteriormente en el relato.

No sé qué me va a deparar el destino. Lo único que sé es que nunca podré volver al pasado para cambiar lo que sucedió...

Hugo Santana Tapiador

15 años

4º ESO B